APERTURA DEL CONGRESO DE ABADES 1984

1.1

Me es grato dar a todos ustedes la bienvenida al Congreso de Abades y Piores conventuales de nuestra Confederación aquí en San Anselmo. Es para nosotros un honor y una distinción especial, contar aquí, ya en el comienzo de nuestra reunión, con la presencia del nuevo Secretario de la Sagrada Congregación de Religiosos, Arzobispo Vincenzo Fagiolo que permanecerá toda la mañana con nosotros y que presidirá nuestra Eucaristía. La hora del café y del almuerzo ofrecerán la oportunidad de un contacto personal. Deseo hacer llegar un saludo muy especial a los Superiores de cada uno de los ocho monasterios, que desde el último Congreso de Abades han obtenido su autonomía¹, como así también a los 48 Superiores que han sido elegidos en los últimos cuatro años. Asimismo deseo saludar a las Abadesas y Prioras que como miembros de las comisiones de monjas o hermanas representan a 20.000 mujeres que en todo el mundo viven según la Regla de san Benito y que están asociadas a la Confederación.

En nuestro esfuerzo por vivir la Regla de san Benito en nuestros días, nos sentimos estrechamente unidos a ambas familias de los cistercienses y nos alegramos de contar con la presencia de sus Abades Generales entre nosotros.

Nos permitimos asimismo saludar como invitados nuestros, a dos representantes del Monacato Griego Ortodoxo y a un monje del Patriarcado de Moscú². Además ya se ha convertido para nosotros casi en una tradición, el invitar a los Superiores anglicanos y luteranos, que presiden comunidades dedicadas como nosotros a una vida según la Regla de san Benito.

Por último deseo saludar muy cordialmente a todos ustedes queridos Abades y Piores y agradecerles su presencia. Sé muy bien que algunos han tenido que recorrer un camino largo y cansador para poder participar en este Congreso.

1.2

Los cuatro años pasados desde el Simposio realizado con motivo del aniversario de san Benito y el Congreso de Abades realizado a continuación, han transcurrido rápidamente. No obstante, creo que es bueno que nos encontremos nuevamente aquí todos reunidos. Deseamos prestar especial atención a la autonomía de nuestros monasterios y congregaciones y vemos en ella un elemento importante de nues-

-
1. Randol, Keur Moussa, Humacao, Farnborough, Christ in the Desert, Esquipulas, Quévy, Huysburg.
 2. Damaskinos Kazanakis, Spyridon Logothetis, Josif Pustoutov.

tra constitución. Somos conscientes de las ventajas de esta estructura federalista, pero por otra parte no podemos negar, que ello también implica riesgos, sobre todo el peligro del aislamiento, el peligro de un cierto provincialismo, que no ve más allá de sus propios límites. Es por ello muy beneficiosa la unidad por el término de casi dos semanas en comunidad con los Abades y Priors de otras Congregaciones, con hermanos de todos los continentes y muchos otros países del mundo, para conversar entre nosotros, escucharnos unos a otros y escuchar en conjunto: *el que tenga oídos, escuche este mensaje del Espíritu a las Iglesias (Ap 2,7)*, lo que él quiere decir hoy a nuestra Confederación, a nuestras comunidades.

Aquí justamente radica el verdadero sentido y valor del Congreso de Abades, que en realidad no tiene como tarea tomar determinaciones obligadas, sino ser sobre todo un foro de intercambio de experiencias y opiniones. De aquí ustedes llevarán sin duda impulsos para su propia comunidad. No podrá quedar de lado que en nuestras discusiones aparezca nuevamente un elemento, que encontramos en cada uno de nuestros Congresos y que está condicionado en parte por nuestra constitución federalista, en parte por el desarrollo histórico de nuestros monasterios y congregaciones y en parte por los diferentes medios socio-culturales de los cuales provenimos: me refiero al pluralismo, que se expresa en algunas opciones con respecto a la estructuración de nuestra vida monástica de hoy, con respecto a la forma y modo como representamos y testimoniamos a nuestro Señor Jesucristo en nuestras comunidades y a través de nuestros monasterios. Mientras en este pluralismo permanece intacta la unidad en lo fundamental de nuestra vocación cristiana y monástica benedictina, esta multiplicidad no significa perjuicio o pérdida, sino ganancia y riqueza.

Pero antes de entrar en esta temática, es mi deber, presentarles una especie de informe de rendición de cuentas sobre mis casi siete años de desempeño en mis funciones (cf. ORDO CELEBRANDI CONGRESSUM, art. 13a). Estas informaciones constituyen la primera parte de mis exposiciones (2). Después de esto quiero intentar iluminar y dignificar el camino que hemos recorrido (3) junto con otras comunidades y la Iglesia en general desde el Concilio Vaticano II y finalmente señalar algunas perspectivas para el futuro. (4 y 5).

2. Algunas informaciones.

Comienzo por lo tanto con la parte más bien informativa sobre acontecimientos importantes, referidos a la Confederación. El sínodo de Abades Presidente ha motivado que este informe sea complementado mediante la presentación por parte de los Presidentes de breves informes de interés general sobre los acontecimientos y tendencias en sus comunidades.

2.1

En primer término deseo mencionar la LEX PROPRIA de nuestra Confederación. Hace cuatro años hemos discutido aquí sobre la nueva versión de esta ley de autonomía promulgada por el Papa Pío XII en el año 1952. Durante las deliberaciones fueron determinadas algunas modificaciones por el Congreso y se le encargó a la comisión jurídica formular los textos en forma definitiva. El texto así revisado fue presentado a la SCRIS para su aprobación. Como primera reacción obtuvimos los votos de dos expertos. Estos fueron presentados a deliberación en el Sínodo de Abades Presidentes de 1981. Teniendo en cuenta la actitud del Sínodo, la SCRIS dio su aprobación el 25 de marzo de 1982 para la parte válida como Co-

dex fundamentalis.

Con la aprobación del Sínodo de Abades Presidentes, hemos esperado hasta ahora para imprimir la LEX PROPRIA. Luego de este Congreso y junto con otros textos jurídicos referentes a la Confederación, ésta será impresa y se la haremos llegar a cada uno de ustedes.

2.2

Un cambio importante se ha producido en el secretariado de A.I.M. El abad Robert M. de Floris, secretario desde hace muchos años, ha peticionado su dimisión por razones de edad y salud. Luego de deliberar con el consejo de Administración (*conseil de gestion*) de la A.I.M. y con el Sínodo de Abades presidentes (1982) he nombrado al P.M. Bernard de Soos, monje de la Abadía de En-Calcat que fue durante veinte años fundador y prior del monasterio de Dzogbegan (Togo) como su sucesor. Con anterioridad fueron aprobados los estatutos de la A.I.M. por el Sínodo de Abades presidentes (1982). Pues hasta ahora existían sólo reglas muy vagas, desde los tiempos de la fundación y que no contenían normas para cuestiones importantes de la organización que se presentan actualmente. En el folleto antes mencionado, en el cual queremos publicar la LEX PROPRIA, encontrarán también los estatutos. El nuevo secretario vendrá a principios de la semana próxima a fin de informarnos sobre la actividad de la A.I.M., que trabaja en nombre de la Confederación.

2.3

Ya he mencionado varias veces el Sínodo de Abades Presidentes. Desde el último congreso nos hemos reunido todos los años para deliberar y discutir. Si bien con anterioridad el Sínodo siempre se llevaba a cabo en Roma, el Abad Primado Rembert comenzó a celebrarlo en distintos monasterios de nuestra Confederación. Para algunos de los Abades Presidentes europeos fue un acontecimiento significativo el hecho de que en 1975 se celebrara por primera vez el Sínodo fuera de Europa, en la Abadía S. Vincent (USA). En el año 1981 nos animamos a realizar una reunión en uno de los países del Pacto de Varsovia, en la Abadía Pannonhalma en Hungría. Para muchos Abades Presidentes esta fue la primera visita a un país comunista y por lo tanto una experiencia importante sobre la vida de la Iglesia y de nuestros hermanos de Pannonhalma, para los cuales esta visita significó un gran estímulo.

Algo parecido puede decirse también del Sínodo de 1982, que se efectuó en Río de Janeiro. Al margen del programa del Sínodo, tuvimos oportunidad de interiorizarnos a través de algunos de nuestros obispos benedictinos (Clemente Isnard, Mathias Schmidt, Richard Webersberger) sobre la situación y problemas, preocupaciones y esperanzas de la Iglesia en Brasil. En 1983 permanecemos en Europa Occidental y aceptamos de buen grado la invitación de Solesmes. En la lista de actividades de los tres últimos Sínodos se brindó especial atención a los preparativos de este Congreso de Abades, sobre todo a sus temas espirituales. Creo que las discusiones han servido mucho para clarificar y delimitar el tema. De esta manera los Abades Presidentes han podido acompañar y enriquecer el trabajo de los preparativos de la comisión teológica. Esto se vio facilitado aún más por el hecho de que tres Abades Presidentes son al mismo tiempo miembros de la comisión preparatoria.

Por supuesto que San Anselmo constituye cada año un punto importante en el orden del día. De acuerdo a la LEX PROPRIA, (art. 60) los Abades Presidentes han controlado anualmente el informe financiero del ecónomo, que en cada caso fue aprobado por unanimidad. Más allá de esto, el Sínodo aprobó también —luego del voto positivo del consejo de seniores y de la comisión para San Anselmo— en 1982 los estatutos del Colegio. También he pedido el consejo del Sínodo de Abades Presidentes, cuando la congregación de estudios (SCEdCath) hizo observaciones a dos puntos de los estatutos del Ateneo, que se referían directamente a la Confederación y su influencia sobre la escuela superior: la formación de la comisión para San Anselmo - 1982 y el proceso en la elección del Rector. Con el apoyo del Sínodo hemos podido lograr, que nuestras propuestas fueran aceptadas por la Congregación.

Finalmente pudimos conversar ya en otoño de 1983 con los Abades Presidentes sobre el problema de la biblioteca de San Anselmo, del cual nos ocuparemos en estos días más específicamente. Solamente deseo anticipar aquí, que el Sínodo nos ha animado en forma unánime a presentar el plan al Congreso y que además recomienda a los Abades su aprobación. Anoche el Sínodo reunió ya a una pequeña comisión de Abades, que poseen experiencia en la construcción y remodelación de bibliotecas. Ellos estudiarán el plan en detalle a fin de preparar la discusión en el aula.

Echando una mirada retrospectiva a mis siete años de labor en los que hemos tenido anualmente una reunión del Sínodo, permítanme decir que para mi fue una valiosa ayuda el debate franco y fraternal, las discusiones abiertas, las sugerencias y estímulos y se lo agradezco muy especialmente a los Abades Presidentes. Sería bueno destacar, que el Abad Primado en realidad, en lo que se refiere a la Confederación, a menudo se encuentra muy solo, por ejemplo cuando es requerida su opinión sobre algunas cuestiones por la Santa Sede u otras instancias o cuando debe exponer o representar la "opinión de los benedictinos". El Abad Primado no cuenta para ello con un consejo permanente, al que podría recurrir. Para ello a lo sumo podría dirigirse al "*concilium ad quaestiones praesetim urgentiores tractandas*" (LP, art. 36), pero este consejo compuesto de tres Abades Presidentes se reúne normalmente sólo una vez al año. En estos cuatro años sólo he tenido dos reuniones formales de este consejo y en cada caso a continuación de la reunión de la comisión para San Anselmo y porque existían justamente cuestiones especiales.

2.4

En relación al consejo y a la información recíproca, deseo mencionar la convocatoria de la comisión de las monjas (febrero de 1983) y de las hermanas (mayo de 1983). Como estas reuniones se llevaron a cabo poco después de la promulgación del nuevo *Codex iuris canonici*, es comprensible que las cuestiones de derecho canónico hayan ocupado un lugar preponderante. También fueron tratados otros temas, como por ejemplo cuestiones sobre el trabajo en conjunto y el intercambio de información entre las benedictinas entre sí y los monjes. Hablamos también sobre la identidad de las hermanas benedictinas que, a pesar de no ser monjas, se diferencian actualmente en forma notable del resto de las hermanas.

2.5

En lo concerniente a San Anselmo, ofremos todavía los informes individuales. Sólo deseo anticipar aquí dos informaciones. Desde hace un año el P. Marc She-

ridan (S. Anselm's, Washington) es Prior del Colegio; reemplaza al P. Gerard Békés, que ocupó este cargo durante cuatro años (1979-1983).

Por el contrario, no se ha producido ningún cambio en el cargo de rector. De conformidad con la comisión para San Anselmo y el Sínodo de Abades Presidentes fue confirmado en su cargo el P. Magnus Löhner en 1981 por un período de otros cuatro años (1982-1986). Tampoco se produjeron modificaciones en la elección del decano. Esto significa, sin embargo, que tanto el rector como los decanos se encuentran ya en su segundo período de ejercicio. Ya que ni las normas romanas ni nuestros estatutos preven una reelección por un tercer período de ejercicio, la búsqueda de los sucesores en el año próximo nos deparará todavía algunos dolores de cabeza.

2.6

En relación con esto, deseo mencionar también que nos ha sido posible solucionar un problema que fue mencionado en el último Congreso de Abades, es decir la búsqueda de un hogar adecuado para nuestras hermanas benedictinas que estudian en San Anselmo o en otras escuelas superiores romanas. Desde hace dos años en un ala separada en la Casa Santa Lioba del Generalato de las cistercienses disponemos de un edificio con 10 celdas, capilla y sala de estar. Deseo expresar mi agradecimiento al Abad General Kleiner por esta complacencia.

2.7

Al finalizar cada año les informo en una circular sobre mis viajes a los monasterios y sobre las impresiones recibidas en cada caso. Me alegra saber que estos informes, según me aseguraron reiteradamente, cuentan por lo general con el gran interés de los monasterios, ya que brindan la oportunidad de conocer mejor la Orden en su multiplicidad y extensión universal. Sobre todo en los monasterios de monjas encuentran gran beneplácito.

Al preparar este informe he hecho un pequeño balance. En los siete años de ejercicio de mis funciones he visitado 149 de los 225 monasterios de hombres y 200 de los 298 monasterios de monjas, lo que en cada caso significa casi exactamente ¡dos tercios del total! A ello se agregan 67 (54 + 13) casas o comunidades dependientes en vías de obtener su autonomía, sobre todo en el Tercer Mundo. Además he estado en 60 Prioratos o Casas Madre de hermanas y aproximadamente en casi 20 pequeños conventos de hermanas. Esto da como resultado en estos siete años una suma de 496 comunidades a las que he visitado.

Es una pena, y yo mismo lo encuentro a veces algo frustrante, que estas visitas por lo general son de muy poca duración y que por lo general constituye una excepción si puedo repetir la visita a una comunidad o bien disfrutar una tercera vez de la hospitalidad de un monasterio. Además lamento mucho que todavía existan tantos monasterios, incluso en Italia y Europa a los cuales no he hecho aún mi "visita de presentación" ¡Paciencia!

3.

Luego de esta parte informativa deseo presentarles algunos pensamientos o reflexiones que se me ocurren al dirigir una mirada retrospectiva a nuestro pasado inmediato.

Los siete años de mi período de funciones fueron, medidos con los años inmediatos anteriores, un tiempo relativamente tranquilo, un período de consolidación y estabilización para la Iglesia, para la Orden (Instituta religiosa), para nuestros monasterios (esto último es válido también para la comunidad de San Anselmo).

Miremos brevemente hacia atrás a los casi 20 años transcurridos desde el cierre del Vaticano II. Pensemos en las altas esperanzas cifradas en el Concilio, en la euforia despertada por doquier, en el fervor con el cual fue encaminado el aggiornamento. En los años 60 y aun en la primera mitad de los años 70 hemos mantenido en la mayoría de nuestros monasterios, en los capítulos generales de nuestras congregaciones y también en los congresos de abades, activas discusiones sobre estructuras de la conducción y responsabilidad conjunta, sobre el idioma y la forma de la liturgia monástica, sobre el estilo de vida de los monjes, etc. Fue un tiempo de búsqueda de nuevas formas y un tiempo de experimentos. Sí, dos palabras fueron, en cierta forma, divisa y leitmotiv de esta época: *ad experimentum*.

Fue un tiempo tormentoso y la tormenta ha arrancado mucha madera muerta y podrida de los árboles, pero también seguramente ha desarraigado algún árbol sano, como lo demuestra la considerable cantidad de dispensas, también por parte de los monjes. Al mismo tiempo, fue el tiempo de los noviciados más o menos vacíos, las tensiones en las comunidades, las inquietudes y desasosiegos incluso de los abades, los cuales demasiadas veces descorazonados, ofrecían su renuncia luego de pocos años. ¿Es afirmar demasiado, si se habla de una crisis de identidad de algunos monjes, quizás hasta de algunas comunidades? Luego del entumecimiento de las formas en el tiempo antes del Concilio —en realidad ya desde la restauración de la Orden en el siglo pasado— fue probablemente una fase necesaria, que el Concilio mismo provocó con el decreto de la Orden y sus formas de aplicación (ES). En el año 1971, en el apogeo de esta evolución, el Papa Pablo VI en su *Evangelica Testificatio* animaba a las Ordenes a amoldar su forma de vida a las instrucciones del Concilio y a “buscar también nuevas formas y aplicarlas con la aprobación de la Iglesia”. Mientras alababa por una parte la magnanimidad de algunos en esta empresa, también se vio precisado a censurar a aquellos que actuaban “demasiado osadamente” (ET, art. 5).

En la segunda mitad de los años 70 parece producirse un cierto cambio. La tormenta se calmó, las olas movidas por el viento se aquietaron. Mientras tanto finalizó la publicación de los nuevos libros litúrgicos. Para nuestra Federación el “*Thesaurus liturgiae horarum monasticae*” aprobado el 10 de febrero de 1977 por la Congregación de Culto, con su Directorio y su *Praenotanda*, constituyó un marco obligatorio, pero muy flexible, que posibilitó una consideración de la situación, las posibilidades e intereses de cada una de las comunidades, pero resguardando la unidad en lo esencial.

A ello se agrega que para varias de nuestras congregaciones es el tiempo de la finalización de las constituciones renovadas, con ello también del paso de transición de la fase experimental a una mayor estabilidad y continuidad, por supuesto en formas renovadas.

En la discusión no se trata ya más de estructuras externas de la conducción y responsabilidad, cuyas formas renovadas han sido reconocidas y establecidas en las constituciones, sino mucho más de los valores internos de la vida monástica.

La contemplación está nuevamente a la orden del día. Nos hemos cansado de las eternas discusiones, las encuestas han perdido mucho de su fascinación inicial. Si bien en la primera fase de todas las instituciones se discutían más o menos los mismos problemas, ahora el interés se concentra en forma más intensa en lo específico de cada instituto, en su carisma, su identidad entre la multiplicidad de las otras comunidades, su mensaje y papel específico en la Iglesia de hoy. En este cuadro general se inserta sin dificultad nuestro festejo del centenario de San Benito en 1980. También para nosotros era importante en aquel entonces la pregunta, qué papel desempeñan nuestras comunidades monásticas en la Iglesia y en el mundo, qué espera la gente hoy especialmente de nosotros, los benedictinos.

Con la entrada en vigencia del nuevo *Codex* y (para varias congregaciones también de las nuevas constituciones) parece haberse alcanzado un cierto punto final, lo cual no significa ni debe significar, que luego de la tormenta de la primera fase postconciliar y de la fresca brisa de la segunda época, sólo ahora tenemos una calma plena. Por el contrario: bajo el soplo del Espíritu Santo comienza un nuevo capítulo, que no quedará rezagado en cuanto a la dinámica y al compromiso respecto de las etapas anteriores.

Permítanme ahora, echar una mirada al futuro y expresarles algunas inquietudes que me son muy caras.

A un superior general de un instituto centralizado se le presentará oportunamente la pregunta acerca de dentro de qué campo se encuentran los puntos esenciales de la evolución y desarrollo de su instituto en el futuro. Como Abad Primado de la Confederación, respetuoso de la autonomía de los monasterios y congregaciones y conocedor de la multiplicidad entre los monasterios, sé positivamente que no puedo contestar a una pregunta tal en nombre de la Confederación. No obstante desearía animarme a reflexionar aquí con ustedes queridos Abades y Priors, acerca de dónde veo para nosotros, los benedictinos, especiales peligros, oportunidades y desafíos.

4.1

Una primera preocupación o deseo importante es para mí el equilibrio entre oración, trabajo, lectio y estudio en nuestras comunidades. Nosotros conocemos muy bien la preocupación de san Benito por conseguir una relación equilibrada entre estos elementos. Pero, en una época de numerosas vocaciones y con mucha gente joven, nuestros monasterios han aceptado una serie de tareas que ahora, en vista de la reducida cantidad de miembros y de la edad promedio cada vez mayor, ya no resulta posible llevar a cabo. Esto conduce a una perturbación amenazante del equilibrio entre los elementos mencionados (he podido comprobarlo no sólo en monasterios con tareas apostólicas sino también en monasterios de monjes contemplativos). Pero, si nuestras comunidades caen bajo la presión e inquietud de nuestros tiempos, ¿dónde se encontrarán entonces todavía lugares para "una existencia carente de otra motivación que Dios", para una vida de oración, de contemplación, de búsqueda de Dios?

Creo, y estoy cada vez más convencido, que este equilibrio es una condición irrenunciable para el logro de una auténtica vida monástica. A menudo se le exigirá al monje individual un gran esfuerzo ascético para resistir a las tentaciones que amenazan perturbar este equilibrio. Sí: sin ascetismo, es absolutamente imposible

dar a la oración, al trabajo, a la lectio, al estudio y también a la recreación aquel valor justo que le corresponde dentro de una vida monástica ordenada. Soy plenamente consciente de que estoy tocando aquí problemas que no son fáciles de resolver. Pero ello no modifica su urgencia.

4.2

Cuando uno habla con extraños, muchas veces se plantea la pregunta: antes los benedictinos eran iniciadores en el movimiento litúrgico; ¿surgen actualmente en este campo todavía, por parte de los monasterios benedictinos, impulsos para la Iglesia? Ahora el mayor éxito del movimiento litúrgico consiste en que de alguna forma se ha hecho superfluo. Las peticiones que ellos a su debido tiempo han defendido y promovido —en algunos países con una participación decisiva de monjes benedictinos— pasaron a ser desde el Vaticano II y la liturgia renovada, patrimonio de la Iglesia, hasta en la última parroquia.

Pero ¿no queda todavía mucho por hacer? ¿No son las modificaciones en su forma exterior sólo el primer paso? ¿Puede uno considerar la constitución *Sacrosanctum Concilium* sobre la liturgia actual, 21 años después de su promulgación como terminada? ¿Respira la liturgia monástica en nuestras comunidades siempre y en todo momento el espíritu de este texto del Concilio? ¿O se encuentra todavía delante nuestro, en la Iglesia y aun en nuestros monasterios la tarea de interiorizar la liturgia en su forma renovada, y captarla más profundamente en su dimensión teológica y espiritual? ¿No sería ya el momento de estudiar una vez más los textos básicos de la reforma litúrgica y confrontarla con la liturgia diaria, también en nuestros monasterios? Pienso en la Constitución de la Liturgia del Concilio, pero también en la introducción general (IG) del misal y de la liturgia las horas (Liturgia horarum) y no en última instancia en el Directorium y el Praenotanda al Thesaurus del rezo monástico de las horas. Creo, que aquí podríamos dar a través del estudio, pero sobre todo por la realización ejemplar de nuestra liturgia, importantes impulsos para la vida litúrgica de la Iglesia. Casi desearía hablar de la necesidad de un segundo movimiento litúrgico en la Iglesia, que tenga como meta este apropiarse de las renovadas formas externas. Reconozco complacido, que muchos de nuestros monasterios ya realizan un excelente trabajo en este sentido.

4.3

Todavía existe un campo en el cual la Iglesia espera nuestra participación específica y este es el campo ecuménico. Hace 60 años, el 21 de marzo de 1924 el Papa Pío XI llamó en su carta *Equidem verba* al Abad Primado Fidelis von Stotzingen, para un estudio intensivo de las cuestiones referidas a las iglesias ortodoxas. Hace tres años la Santa Sede me preguntó si me parecía oportuno apelar nuevamente a nosotros en ese sentido. Entonces contesté en forma negativa pero sólo por el hecho de que no considero muy eficaz esa forma de llamado. El petitorio mismo contó con mi apoyo completo. Por lo tanto deseo hoy, 60 años después del *Equidem verba*, formular la pregunta de si hemos realizado en el campo ecuménico todo lo que estaba o está dentro de nuestras posibilidades. El ecumenismo es ciertamente tarea de la teología y de los teólogos. Pero el ecumenismo es también una cuestión de fe vivida. La realidad de que en la Iglesia de la Reforma existen comunidades que se comprometen a una vida según la Regla de san Benito constituye un importante lazo entre nuestras Iglesias. Asimismo sabemos con cuánta veneración Benito habla de la "Regla de nuestro santo Padre Basilio" (RB 73,5).

La presencia de monjes ortodoxos, anglicanos y luteranos debe ser para nosotros motivo para preguntarnos si nuestros esfuerzos no podrían intensificarse más. Las expectativas que la Iglesia pone en nosotros los monjes en el campo del ecumenismo, encuentran también expresión manifiesta en el hecho de que el Santo Padre ha incluido a tres benedictinos en la comisión mixta, que fue acordada en una visita al Patriarca Dimitrios I en Estambul (Hume, Magrassi, Lanne). Las dificultades que se producen debido a las barreras idiomáticas y en estos momentos también debido a la situación política, no deben desalentarnos en nuestros esfuerzos.

4.4

Finalmente me permito exponerles un problema que me ocupa al pensar en el futuro de nuestra Orden. No existe un documento reciente de la Santa Sede sobre la vida de una Orden, en el cual no se destaque la importancia de una sólida formación de los religiosos (cf. por ejemplo *Mutuae relationis*, 24-35; *La dimensión contemplativa*, 17-20; *Elementos esenciales*, 44-48; *Normas*, 38-40). Aquí se hace especial hincapié en primera línea en una formación humana, cristiana y monástica, pero de acuerdo al estado de cosas, por lo general incluye expresamente también la formación intelectual y profesional. Vivimos en una sociedad en la cual la enseñanza básica y la constante formación complementaria desempeñan un papel cada vez más importante y la especialización del conocimiento aumenta en forma constante. ¿Se mantienen al día nuestros monasterios con este progreso y evolución? En conversaciones con nuestros invitados por ejemplo o en otros contactos con personas de nuestro tiempo, puede un monje muy bien apoyarse en la *sapientia* que fluye de una espiritualidad vivida profundamente, sobre todo con el contacto vivo con la palabra de Dios. Pero ¿es esto suficiente a la larga?

No hablo aquí de la formación básica y general-teológica de los monjes. Deseo hoy destacar sobre todo que necesitamos monjes que posean distintas disciplinas teológicas o similares con una formación especializada, en el caso normal, acreditada por el correspondiente grado académico. Este conocimiento adicional en un monje es un enriquecimiento para sus hermanos con el que puede ayudarlos en forma múltiple, por ejemplo en el programa de su formación y complementando la formación existente. Más allá de esto es un enriquecimiento para la congregación correspondiente y para otros monasterios, a los que también puede ayudar con su conocimiento. Más aún: si pienso en los desafíos y oportunidades que tenemos por delante me pregunto a menudo si los benedictinos en un futuro tendremos todavía monjes suficientemente calificados que puedan actuar en los campos antes mencionados y en otros de la vida eclesiástica y que puedan recoger la voz de los monjes. En el pasado y parcialmente también en el presente podemos presentar en distintos campos de la investigación teológica y de la doctrina nombres importantes, de reputación conocida internacionalmente. ¿Será este el caso el día de mañana? He escuchado ocasionalmente en nuestras propias filas el reproche de que en la curia romana se deciden algunas cosas sin tener en cuenta al monje. Si esto es correcto, deberá investigarse en cada caso en particular. Pero ¿no será también culpa nuestra, si presentamos colaboradores y consejeros no tan calificados?

Mi ruego se dirige simplemente a esto —y no pienso ahora en primer lugar en San Anselmo, sino que lo digo en forma completamente general—: ofrezcan ustedes en sus comunidades, a pesar de todas las estrecheces y dificultades personales, a sus hermanos talentosos la posibilidad de una formación especial, sobre to-

do en las materias filosóficas-teológicas y campos anexos. Una inversión de esta índole no sólo beneficiará a sus monasterios, sino también a la Orden y a la Iglesia.

5.

Ahora que les he expuesto mis deseos y peticiones, no deseo cerrar este informe sin destacar los muchos aspectos positivos que veo en nuestros monasterios. Sí, nosotros los benedictinos tenemos un futuro "en el adviento del tercer siglo" (Juan Pablo II). De ello estoy firmemente convencido. Con seguridad que ningún monasterio puede pretender la inmortalidad para sí. La experiencia de una historia de más de mil años que ha visto surgir, florecer y desaparecer a muchas comunidades habla en contra de ello. La *ars moriendi* se convertirá para algún monasterio en un futuro no muy lejano en un problema actual, inclusive si puede echar una mirada retrospectiva a una historia gloriosa de varios centenares de años. No obstante, con una mirada global, mis experiencias me hacen sentir confiado y lleno de esperanza. A pesar de los muy incompletos datos estadísticos que me fueron presentados sobre los novicios y los profesos temporales en nuestros monasterios, los mismos son alentadores, pero no quisiera cifrar mi esperanza sólo y en primer lugar en el sentido cuantitativo sino ante todo en el cualitativo. No es en realidad tan importante cuántos monasterios o monjes benedictinos habrá en el próximo siglo o milenio, sino y en primer lugar cómo se vivirá esta vocación y este mensaje en la Iglesia.

Nosotros los monjes somos miembros de la Iglesia peregrina. Hemos compartido ampliamente en los últimos siglos el destino de la Iglesia, en tiempos de esplendor y en tiempos de crisis. Podemos decir que hemos vivido con especial intensidad el esplendor y la crisis. Una mirada a los años 1920 - 1960 por un lado y a los años post-conciliares por el otro, lo comprueba fácilmente. Es por ello que también compartimos las esperanzas de una Iglesia, que conducida por el Espíritu Santo, está en camino a la tierra prometida, aun cuando este camino de peregrinos, igual que el de los israelitas, por trechos nos conduzca por desiertos sin agua. El pueblo de Israel tenía, aun en las inseguridades y oscuridades de su camino a través del desierto, un futuro, pues era portador de un mensaje. También nosotros los monjes tenemos un futuro en la medida que hemos recibido y aceptado un mensaje y hemos basado sobre él toda nuestra existencia. ¿Y en qué consiste nuestro mensaje? No en esta o aquella tarea, por importante que pueda ser, sino en la realidad de que nosotros, como religiosos, en base a nuestro modo de vida y nuestro compromiso sobre los consejos evangélicos, "damos un claro y sobresaliente testimonio de que el mundo no puede ser cambiado ni ofrecido a Dios sin el espíritu de las bienaventuranzas" (LG 31). La Iglesia, el mundo, necesitan hoy y más aún mañana de este testimonio. Es por ello que la vida monástica pertenece indiscutiblemente a la realización de vida y a la santidad de la iglesia (LG 44); es por ello que el monacato es un elemento integral para la total presencia de la Iglesia (cf. AG 18).

Estoy firmemente convencido de que el Espíritu Santo llamará también en el próximo siglo (y milenio) a hombres y mujeres que querrán seguir a Cristo bajo la conducción del Evangelio y bajo las directivas de la Regla de san Benito. He podido conocer a suficientes monasterios de hombres y mujeres de nuestra Orden, que

están dispuestos a aceptar los desafíos del futuro y a testimoniar, en un mundo más y más secularizado, que en todos los esfuerzos por el reino de Dios y por la construcción de un mundo mejor y más humano “nadie puede poner otro cimiento que el ya puesto, Jesucristo” (1 Co 3,11).

*Traducción del alemán
por Mónica von Freeden*

*Monastero Madonna delle Grazie
I-06046 Norcia (PG) – Italia*

Viktor DAMMERTZ, osb

Juan no era caña movida por el viento, porque ni le ablandaba favor alguno ni le hacía daño la injuria de cualquier detracción; ni lo próspero lograba envanecerle, ni abatirle la adversidad; no era, pues, una caña movida por el viento Juan, a quien no desviaba de la rectitud de su vida variedad alguna de las cosas. Ea, pues, hermanos carísimos, aprendamos nosotros a no ser cañas agitadas por el viento; consolidemos el ánimo, expuesto al viento de las lenguas; manténgase inflexible la firmeza del alma; no nos excite a ira detracción alguna, ni favor alguno nos incline a dispensar una gracia inútil; no nos engría la prosperidad, ni la adversidad nos conturbe; de suerte que los que estamos asentados en la solidez de la fe, jamás nos movamos por el cambio de las cosas pasajeras.

S. Gregorio Magno, Hom. in Ev., I,6